

LA CLÍNICA GILLETTE

(vista por quienes pasaron por ella)

“Una clínica cura a los pacientes. Una comunidad que cuida sostiene a las personas”.

I. La clínica

Recuerdo a mi madre contando que, en los años sesenta, cuando estaba a punto de darme a luz, las clínicas eran pocas y el hospital era para los enfermos; así que eligió el mejor sitio que pudo para hacerlo: su propia casa, en su propia cama.

Nada más nacer yo, había allí una mujer, a la que llamaban la comadrona, y le dijo a mi madre que yo había salido bien — y que, si mi madre no me quería, ella se me llevaba a su casa.

Mi madre la fulminó con la mirada. Pero quizá la comadrona no sabía que yo nunca sería de una sola mujer, sino de todas las mujeres que iba a encontrar; y veinte años después fui a su casa. Soy un hombre de palabra. No podía defraudarla.

Este comienzo no es ironía literaria, ni una broma. Significa una sola cosa: la clínica, como lugar, es nueva. No nos viene de los egipcios, ni de los asirios ni de los babilonios. Es solo el producto de un sistema sanitario que ha hecho de la patología un comercio y de sus fármacos una marca.

Nunca pretendió sustituir a los hospitales, que siguen siendo una institución; pero siempre ha llevado al paciente a creer que, pagando, podía tener más — lo mejor.

Algunos lugares cumplen una función. Otros se convierten en una posibilidad.

Era el día en que se inauguraba la clínica en mi ciudad: la primera de su clase que podía ofrecer una lista completa, capaz de cubrir toda la medicina, al menos la básica — la medicina de la gente corriente, por así decirlo.

Se nombró a tres jefes de servicio, los que debían construir la estructura médica. Después de hacer las entrevistas para contratar a los médicos, se encerraron en una sala a intercambiar pareceres sobre cómo hacer la selección.

Lo que sigue lo refiero no como verdad, sino como relato negro — me lo contó un grupo de amigos médicos recién jubilados de la sanidad italiana, que solían contárnoslo a los de ventas para hacernos reír y para hacernos saber que ellos también tenían sus historias.

Un cuento que yo, personalmente, considero un cuento de patio, una de esas bromas amargas que los propios médicos usaban para hablar de otros médicos — una raza extraña y peculiar, a la que ya no confiaría ni el cuidado de mi gato.

Lo dejo escrito no como veredicto, sino como retrato de cuánta desconfianza había acumulado ya la gente corriente contra una medicina que ya no sentía como suya.

Se contaba así. El mayor de los tres — un hombre que había trabajado también bajo el viejo régimen — dijo que iba a explicar cómo elegir a los nuevos médicos, según lo que él llamaba el principio del número tres.

Si encontráis a un médico que entiende mucho, mandadlo a medicina general: allí, con la experiencia, responderá por sí solo a la mayoría de las preguntas.

Si encontráis a los medianos, capaces pero no brillantes, metedlos en los quirófanos: así, cuando abren, ven lo que encuentran y aprenden a arreglarlo.

Y a los que entienden poco, o a los que llegan recomendados por los partidos y las listas de colocación, dadles las tareas en las que — así decía la broma cruel — se deja que la naturaleza haga casi todo el trabajo en su lugar.

Esa era la versión de patio, claro. Y, como todo cuento de patio, dice menos de los médicos que de quienes lo contaban: de la poca fe que les quedaba.

Y así nació la clínica. Su verdadera experiencia la hicieron los pacientes; y solo los vivos hablaban de ella — los que habían tenido suerte, no los tocados por la desgracia. Y cuando todo se torcía, la clínica del Norte — de cualquier nación — representaba la parte mejor: porque el Norte siempre ha evocado riqueza e industria, y allí pagar por la atención da la impresión de que es mejor.

Luego se cerraron los manicomios criminales y nacieron las clínicas psiquiátricas — reconvertidas más tarde hacia las dolencias neurológicas. Ya no se trataba solo a los locos certificados, sino también otras patologías.

II. Epílogo

Una clínica es un edificio. Una comunidad de cuidado es algo más.

III. Página del autor

Esta obra no fue un encargo.

No se vendió.

No se hizo con fines comerciales.

Se escribió para dar testimonio del valor de la rehabilitación, de la dignidad humana y de la relación entre las personas.

El único honorario que se pide es un dólar simbólico — no como pago por la obra, sino como testimonio de un compromiso compartido con una cultura del cuidado, de la esperanza y de la responsabilidad.

Ferdinando